



Capítulo 91

Dos días después.

Solo quedaban dos días para que el cardenal jefe apareciera en la reunión de oración de dos semanas dentro del templo. Mientras comían en un restaurante cerca del templo, Alon habló.

—Evan.

«¿Sí, mi señor?».

«Normalmente te escapabas siempre que tienes oportunidad, pero esta vez no, por lo que veo».

Ante esta pregunta, Evan se encogió de hombros y respondió.

«En realidad, salí».

«¿Ah, sí?».

«Sí, pero no había mucho que ver ni disfrutar. Nada más salir, parece igual que otros territorios. No parece haber nada especialmente único en él».

Alon asintió pensativo.

«El Reino Sagrado se parece un poco a eso».



La capital vista desde fuera de las murallas es realmente hermosa. Incluso sin haber visto los alrededores, las hileras de edificios blancos dentro del castillo dejan claro a cualquiera que se trata del Reino Sagrado de Rosario. Sin embargo, aparte de eso, no hay mucho entretenimiento aquí, a menos que seas un devoto seguidor de Sironia.

«Evan».

«¿Sí?»

«Esto puede sonar extraño, pero ¿hay algo detrás de mí?».

«¿Detrás de usted, mi señor?»

«Sí».

Evan se mostró desconcertado y luego habló.

«No estoy seguro de lo que quieres decir».

«¿Ah, sí?».

«Sí, pero llevas desde ayer haciendo la misma pregunta. ¿Te preocupa algo?».

Evan lo miró con expresión confusa.



Desde que había salido del Santuario, las reacciones de la diosa y de Heinkel eran extrañamente similares. Al darse cuenta de que le había hecho la misma pregunta a Evan el día anterior, Alon sacudió ligeramente la cabeza.

«No es nada grave».

«Bueno... aunque hay algo detrás de ti».

«¿Qué quieres decir?».

«El Santo».

«¿El Santo...?»

Cuando Alon volvió la mirada hacia esas palabras, allí estaba el santo Yuman, mirándolo fijamente con expresión seria.

«?»

Cuando sus miradas se cruzaron, Yuman apartó rápidamente la vista. Su movimiento fue inusualmente torpe.

«... ¿Qué le pasa?».

Por supuesto, tenía una ligera idea de por qué Yuman podía actuar así. Alon, al no ser sacerdote de Rosario, había entrado en la cámara de la Santa a través de Yutia, un lugar al que técnicamente no debería tener acceso. Aun así, el motivo de su curiosidad actual era el peculiar comportamiento de Yuman.



—Mi señor, ¿realmente pasó algo entre usted y la Santa?

«Solo nos vimos una vez, eso es todo».

«¿Pero no te parece que te sigue demasiado de cerca? De hecho, ¿no lleva casi dos días haciéndolo?».

Alon puso una expresión peculiar ante el comentario de Evan. De hecho, el comportamiento inusual de Yuman era precisamente lo que le había llamado la atención.

Después de que Alon entrara y saliera de la habitación del Santo dos tardes antes, Yuman, que no tenía ningún motivo para seguirlo, llevaba dos días siguiéndolo, y de forma bastante evidente. Sin embargo, solo lo seguía, sin llegar a hablar con él.

«¿Acaso me vio cuando cogí el colgante del Devorador de Ojos de la habitación? No, eso no es posible, no estaba protegido por ningún hechizo y estaba bien escondido...».

Mientras Alon reflexionaba sobre otras posibles razones, de repente...

iPum!

Yuman, que estaba sentado hasta hacía unos instantes, pareció tomar una decisión, se levantó y se acercó a Alon.

«¿Podría hablar con usted en privado?».



«Sí, ¿en privado?»

Mientras Alon asentía, desconcertado, Yuman miró a su alrededor discretamente y luego susurró en voz baja.

«Sería prudente tener cuidado con el cardenal Yutia, conde Palatio».

«... ¿Perdón?».

«Ella no es creyente como nosotros».

«...?»

Yuman dijo esto con la mayor seriedad, dejando a Alon aún más desconcertado. Con una expresión de profunda determinación y una mirada resuelta en sus ojos, Yuman dijo entonces: «Bueno, me voy». Hizo una ligera reverencia y se dio la vuelta para marcharse.

Al verlo alejarse, Evan, igual de desconcertado, preguntó: «¿Qué ha sido eso, mi señor?».

«No tengo ni idea», respondió Alon, igualmente perplejo.

Mientras tanto, mientras Alon luchaba por comprender el repentino cambio de comportamiento de Yuman, en la Torre Azul...

«¡No! ¡He dicho que NO, idiotas!».

De repente, se escucharon gritos fuertes.



«¡Fuera! ¡Todos ustedes!».

«¡Sí, señora!»

Sorprendidos por su feroz arrebató, los magos salieron corriendo de inmediato. Al verlos huir, suspiró profundamente y se masajeó las sienes como para evitar un dolor de cabeza.

«¿Por qué me encuentro en esta ridícula situación...?»

Penia soltó otro largo suspiro y se agarró la cabeza. No era de extrañar: últimamente había estado sometida a un estrés constante debido a un rumor absurdo.

El rumor que circulaba era que Penia Crysinné estaba enamorada del conde Palatio, un chisme tan infundado como molesto, y que le causaba una gran frustración.

Incluso ese mismo día, uno de sus ayudantes, un mago que llevaba más de diez meses encerrado en la Torre, absorto en sus investigaciones, había aparecido con un pastel en el que se leía: «¡Felicidades por tu compromiso, vicemaster de la Torre!».

Suspiro.

Desde la perspectiva de Penia, podía tolerar a regañadientes este tipo de payasadas, incluso reírse de ellas, sin importar cuántas veces ocurrieran. Sin embargo, la razón de su reacción extrema radicaba en la naturaleza misma de estos magos.



Los magos suelen pasar meses o incluso años encerrados en sus laboratorios, absortos en sus investigaciones, por lo que a menudo se pierden los rumores. Esto significa que cada dos días, alguien nuevo se acerca a felicitarla por el llamado «matrimonio». Y eso no es todo. No solo la felicitan, sino que dan por sentado que «como es un motivo de alegría, hoy se puede ser un poco descarado, ¿no?», lo que da lugar a comentarios como «quizá deberías moderar tu temperamento» o «si te enfadas, es probable que el conde también huya». Eso estaba volviendo loca a Penia.

«¿Por qué demonios tengo que estar relacionada con eso?», quería gritar, pero a mitad de camino, instintivamente miró hacia la ventana de la Torre. Aunque la altura era absolutamente inalcanzable para cualquier persona, después de presenciar la actuación de Radan en el castillo de Raksas, había empezado a mirar con cautela por cualquier ventana por la que pasaba.

Clic...

Después de abrir la ventana y mirar bien por todos lados para asegurarse de que no había nadie, se dejó caer, agotada, con cara de cansancio.

Pero la reciente molestia no era lo único que preocupaba a Penia. Aunque normalmente no era tan extremo, últimamente había tenido una mala suerte inexplicable. Por ejemplo, de todos los objetos mágicos pedidos a los comerciantes, solo los suyos «desaparecían». O entre los materiales mágicos que venían del exterior, solo los suyos se «perdían». Había sufrido cinco incidentes de este tipo seguidos.

«¿Por qué demonios he tenido tan mala suerte últimamente?», murmuró Penia débilmente, casi llorando. Estaba a punto de maldecir: «Todo esto es...», pero se calló y miró hacia la ventana.

A pesar de su estado de ánimo sombrío, el cielo estaba despejado y brillante.



#####

En la oficina que utiliza el Santo dentro del templo interior de Rosario...

Suspiro.

Yuman, que acababa de hablar con Alon, recordó la expresión distante del conde de Palatio, totalmente desprovista de emoción.

«El conde Palatio es, sin duda, un santo».

Por supuesto, el conde Palatio no se había convertido oficialmente en santo. No había recibido su reliquia sagrada en una ceremonia pública, sino de manera privada y no oficial. Sin embargo, aunque no fuera oficial, estaba claro que era un santo.

Un santo es alguien reconocido por la propia diosa Sironia al recibir una reliquia sagrada. De hecho, incluso cuando Yuman había rezado pidiendo orientación, la diosa Sironia había concedido directamente una reliquia al conde, afirmando su santidad sin lugar a dudas.

Lo único que Yuman no podía entender era por qué la diosa había decidido nombrarlo santo de forma tan secreta, sin ceremonia alguna. Sin embargo, incluso ese misterio se había resuelto en cierta medida.

Yuman bajó cautelosamente la mirada hacia el libro que tenía en las manos. Este antiguo tomo, transmitido solo a los santos a lo largo de las generaciones, contenía las siguientes palabras.



[Incluso con la gran nación establecida por la diosa, es imposible salvar a todos, ya que el mal se esconde en lo más profundo de las sombras, temiendo el amanecer de la diosa].

[Para lidiar con aquellos a quienes ni siquiera la nación de la diosa puede salvar y para erradicar el mal que acecha antes del amanecer de la diosa, esta ha nombrado a los Santos de Plata].

[Los Santos de Plata, empuñando la espada del amanecer, salvarán a aquellos que no han sido tocados por la luz de las sombras y eliminarán el mal arraigado en la oscuridad].

[En el amanecer desconocido, ellos son quienes extienden la gracia de la diosa].

«Santo de Plata...».

Yuman murmuró las palabras «Santo de Plata» del texto antiguo, pensando en el conde Palatio. Si realmente había sido nombrado Santo de Plata, tendría sentido que solo hubiera recibido la reliquia de la diosa sin una ceremonia formal.

Por lo tanto...

«Si el conde Palatio es el Santo de Plata, hay que mantenerlo alejado del cardenal Yutia».

Una pequeña sensación de deber se arraigó en el corazón de Yuman. No entendía del todo por qué la diosa Sironia había elegido al conde Palatio como el Santo de Plata, pero sabía que su papel no era cuestionar, sino aceptar.



Sería una tontería cuestionar la elección de la diosa, y entendía que el conde Palatio no debía alinearse con el cardenal Yutia.

Para Yuman, ella era alguien que, en lugar de venerar a la diosa, buscaba utilizar su poder para fines egoístas, sin diferencia alguna con los corruptos.

Por lo tanto...

«Debo ayudar al Santo de Plata a seguir el camino correcto. ¡Debo hacerlo...!».

Con los ojos llenos de determinación, cerró el antiguo tomo. Una extraña y compleja serie de acontecimientos había comenzado a desarrollarse.

####

Dos días después, por fin llegó el día de la ceremonia de investidura de Alon.

Alon se apresuró a acudir al templo para la ceremonia matutina, pero pronto se encontró con una expresión de desconcierto en el rostro. Había un número inusualmente elevado de paladines acompañándolo en su camino hacia el templo. Por supuesto, esto no era inusual en sí mismo, ya que aquellos con hombreras negras en su armadura eran los paladines directamente subordinados al cardenal, que en ese momento escoltaban a Yutia, quien caminaba junto a Alon.

Sin embargo, la curiosidad de Alon se despertó por los paladines que caminaban a su izquierda. Vestidos con armaduras blancas con charreteras azules, no estaban bajo el mando del cardenal, sino que eran los paladines personales de San Yuman, que lo seguían con la misma naturalidad que los paladines de Yutia.



Alon miró interrogativamente a Yuman y luego volvió a fijar la vista en Yutia.
Pero...

«...?»

Yutia también parecía desconcertada, como si se preguntara en silencio:
«¿Qué le pasa?».

«¿Qué está pasando?».

Alon se sintió aún más confundido, sin respuestas claras a la vista.